Los adioses

A Idea Vilariño

Quisiera no haber visto del hombre, la primera vez que entró en el almacén, nada más que las manos; lentas, intimidadas y torpes, moviéndose sin fe, largas y todavía sin tostar, disculpándose por su actuación desinteresada. Hizo algunas preguntas y tomó una botella de cerveza, de pie en el extremo más sombrío del mostrador, vuelta la cara —sobre un fondo de alpargatas, el almanaque, embutidos blanqueados por los años— hacia afuera, hacia el sol del atardecer y la altura violeta de la sierra, mientras esperaba el ómnibus que lo llevaría a los portones del hotel viejo.

Quisiera no haberle visto más que las manos, me hubiera bastado verlas cuando le di el cambio de los cien pesos y los dedos apretaron los billetes, trataron de acomodarlos y, en seguida, resolviéndose, hicieron una pelota achatada y la escondieron con pudor en un bolsillo del saco; me hubieran bastado aquellos movimientos sobre la madera llena de tajos rellenados con grasa y mugre para saber que no iba a curarse, que no conocía nada de donde sacar voluntad para curarse.

En general, me basta verlos y no recuerdo haberme equivocado; siempre hice mis profecías antes de enterarme de la opinión de Castro o de Gunz, los médicos que viven en el pueblo, sin otro dato, sin necesitar nada más que verlos llegar al almacén con sus valijas, con sus porciones diversas de vergüenza y de esperanza, de disimulo y de reto.

El enfermero sabe que no me equivoco; cuando viene a comer o a jugar a los naipes me hace siempre preguntas sobre las caras nuevas, se burla conmigo de Castro y de

Gunz. Tal vez solo me adule, tal vez me respete porque hace quince años que vivo aquí y doce que me arreglo con tres cuartos de pulmón; no puedo decir por qué acierto, pero sé que no es por eso. Los miro, nada más, a veces los escucho; el enfermero no lo entendería, quizás yo tampoco lo entienda del todo: adivino qué importancia tiene lo que dejaron, qué importancia tiene lo que vinieron a buscar, y comparo una con otra.

Cuando este llegó en el ómnibus de la ciudad, el enfermero estaba comiendo en una mesa junto a la reja de la ventana; sentí que me buscaba con los ojos para descubrir mi diagnóstico. El hombre entró con una valija y un impermeable; alto, los hombros anchos y encogidos, saludando sin sonreír porque su sonrisa no iba a ser creída y se había hecho inútil o contraproducente desde mucho tiempo atrás, desde años antes de estar enfermo. Lo volví a mirar mientras tomaba la cerveza, vuelto hacia el camino y la sierra; y observé sus manos cuando manejó los billetes en el mostrador, debajo de mi cara. Pero no pagó al irse, sino que se interrumpió y vino desde el rincón, lento, enemigo sin orgullo de la piedad, incrédulo, para pagarme y guardar sus billetes con aquellos dedos jóvenes envarados por la imposibilidad de sujetar las cosas. Volvió a la cerveza y a la calculada posición dirigida hacia el camino, para no ver nada, no queriendo otra cosa que no estar con nosotros, como si los dos hombres en mangas de camisa, casi inmóviles en la penumbra del declinante día de primavera, constituyéramos un símbolo más claro, menos eludible que la sierra, que empezaba a mezclarse con el color del cielo.

—Incrédulo —le hubiera dicho al enfermero si el enfermero fuera capaz de comprender—. Incrédulo —me estuve repitiendo aquella noche, a solas. Esto es; exactamente incrédulo de una incredulidad que ha ido segregando él mismo, por la atroz resolución de no mentirse. Y dentro de la incredulidad, una desesperación contenida sin esfuerzo, limitada, espontáneamente, con pureza, a la causa que la

hizo nacer y la alimenta, una desesperación a la que está ya acostumbrado, que conoce de memoria. No es que crea imposible curarse, sino que no cree en el valor, en la trascendencia de curarse.

Tendría cerca de cuarenta años, y sus gestos, algunos abandonos que delataban la inmadurez. Cuando salió para tomar el ómnibus, el enfermero dejó de mirarme, alzó el vaso de vino y se volvió hacia la ventana.

—¿Y este? ¿Se vuelve caminando o con las patas para adelante?[1]. Si está enfermo y va al hotel, lo atenderá Gunz. Tengo que preguntarle.

Lo decía en broma o tal vez pensara asegurarse las posibles inyecciones. Me hubiera gustado sentarme a tomar vino con él y decirle algo de lo que había visto y adivinado. Tenía tiempo; el ómnibus no había traído ningún pasajero y era la hora en que comenzaban a proyectar las comidas en las casitas de la sierra. Deseaba conversar y el enfermero me estaba invitando, sonriendo sobre el vaso y el plato. Pero no salí de atrás del mostrador; me puse a quitar polvo de unas latas y apenas hablé.

—Sí, está picado, no hay duda[2]. Pero no es muy grave, no está perdido. Y, sin embargo, no se va a curar.

—¿Por qué no se va a curar si puede? ¿Porque Gunz lo va a matar?

Yo también me reí; hubiera sido sencillo decirle que no se iba a curar porque no le importaba curarse; el enfermero y yo habíamos conocido mucha gente así.

Alcé los hombros y continué con las latas.

—Digo —dije.

---

[1] «Con las patas para adelante» es una expresión coloquial corriente, aún hoy, en el Río de la Plata que indica la posición horizontal de quien ha muerto. El giro supone la primera variante de la lengua ubicada en esta zona americana.

[2] «Está picado»: coloquialismo que significa que ha contraído una enfermedad, para el caso, la tuberculosis.

Después empecé a verlo llegar desde el hotel en ómnibus y esperar[3], frente al almacén, el otro, el que iba hasta la ciudad; casi nunca entraba, seguía vestido con las ropas que se trajo, siempre con corbata y sombrero, distinto, inconfundible, sin bombachas, sin alpargatas, sin las camisas y los pañuelos de colores que usaban los demás. Llegaba después del almuerzo, con el traje que usaba en la capital, empecinado, manteniendo su aire de soledad, ignorando los remolinos de tierra, el calor y el frío, despreocupado del bienestar de su cuerpo: defendiéndose con las ropas, el sombrero y los polvorientos zapatos de la aceptación de estar enfermo y separado.

Supe por el enfermero que iba a la ciudad para despachar dos cartas los días que había tren para la capital, y del correo iba a sentarse en la ventana de un café, frente a la catedral, y allí tomaba su cerveza. Yo lo imaginaba, solitario y perezoso, mirando la iglesia como miraba la sierra desde el almacén, sin aceptarles un significado, casi para eliminarlos, empeñado en deformar piedras y columnas, la escalinata oscurecida. Aplicado con una dulce y vieja tenacidad a persuadir y sobornar lo que estaba mirando, para que todo interpretara el sentido de la leve desesperación que me había mostrado en el almacén, el desconsuelo que exhibía sin saberlo o sin posibilidad de disimulo en caso de haberlo sabido.

Hacía el viaje de cerca de una hora a la ciudad, para no despachar sus cartas en el almacén, que también es estafeta de correos; y lo hacía por culpa o mérito de la misma yerta, obsesionada voluntad de no admitir, por fidelidad al juego candoroso de no estar aquí sino allá, el juego cuyas reglas establecen que los efectos son infinitamente más importantes que las causas y que estas pueden ser sustituidas, perfeccionadas, olvidadas.

---

[3] «Después empecé a verlo desde el hotel en ómnibus y esperar frente al almacén»: de esta forma en todas las versiones del texto posteriores a la primera, pero anteriores a las de 2009, en las que se introdujeron, como se indicó en la nota preliminar a esta edición, las correcciones del ejemplar que Onetti le remitió a Idea Vilariño.

No estaba en el hotel, no vivía en el pueblo[4], Gunz no le había aconsejado irse al sanatorio; todo esto podía borrarse siempre que no entrara en el almacén para despachar sus cartas, siempre que las deslizara contra la plancha de goma de la ventanilla del correo de la ciudad. La interrupción quedaba anulada si en lugar de entregarme sus cartas, como todos los que vivían en el pueblo, presenciaba la caída del sello fechador, manejado por una mano monótona y anónima que se disolvía en la bocamanga abotonada de un guardapolvo, una mano variable que no correspondía a ninguna cara, a ningún par de ojos que insinuaran hacerse cargo y deducir. El presente podía eludirse si veía el sello golpeando los sobres, imprimiendo en ellos, junto a las dos o tres palabras de un nombre, las siete letras de este otro nombre, el de una capital de provincia[5], el de una ciudad que puede visitarse por negocios.

Pero, algunas veces, al regresar de la ciudad, entraba en el almacén para tomar otra cerveza. Esto sucedía las tardes de fracaso, cuando el nombre de mujer que él había dibujado en el sobre se hacía incomprensible, de pronto, en el segundo definitivo en que el sello se alzaba y caía con su ruido de blandura y resorte. Entonces el nombre no designaba ya a nadie y lo enfrentaba, arrevesado y maligno desde

---

[4] En la primera edición y las siguientes se verifica un punto donde se encuentra la tercera pausa simple «No estaba en el hotel, no vivía en el pueblo. Gunz no le había aconsejado».

El pasaje, además, es fundamental si se trata de especular sobre el lugar en que transcurre la historia. La capital de provincia «de siete letras», y que lleva su mismo nombre, debe de remitir a Córdoba; el pueblo, quizá, Cosquín, que atraviesa el río del mismo nombre, localidad situada a cincuenta y ocho kilómetros de la anterior. La ausencia de nombres es una cuestión fundamental, entre lo mítico, lo sagrado y lo prohibido: falta el nombre del protagonista-visitante, el del narrador, el de la ciudad, el del pueblo, los de las mujeres, etcétera.

[5] Primera referencia indirecta a la pertenencia del relato a la geografía argentina, aunque el uso del sustantivo «provincia» para una jurisdicción política de un país no le sea exclusivo.

la plancha de goma, para insinuarle que tal vez fueran verdad la separación y las líneas de fiebre.

Lo veía llenar el vaso y vaciarlo en silencio, dándome el perfil, acodado en el mostrador, combatiendo la idea de que ni siquiera los pasados pueden conservarse inmutables, que las orejas más torpes tienen que escuchar el rumor de la arenilla que los pasados escarban para descender, alejarse, cambiar, seguir vivos. Se marchaba antes de emborracharse y caminaba hacia el hotel.

Pero las cartas que le mandaban desde la capital las recibía yo en el almacén y se las enviaba con el muchacho de los Levy, que hacía de cartero aunque no cobraba sueldo del correo sino algunos pesos que le pagábamos el hotel, el sanatorio y yo. Tal vez el hombre me creyera lo bastante interesado en personas y situaciones como para despegar los sobres y curiosear en las maneras diversas que tiene la gente para no acertar al decir las mismas cosas. Tal vez también por esto iba a despachar sus cartas en la ciudad, y tal vez no fuera solo por impaciencia que a las pocas semanas empezó a venir al almacén, alrededor del mediodía, poco después del momento en que el chofer del ómnibus me tiraba la bolsa, flaca y arrugada, de la correspondencia.

Tuvo que presentarse, prefirió salir del rincón de los salames y el almanaque y obligarme a conversar, sin intentar convencerme, sin esconder su desinterés por las variantes ortográficas de los apellidos patricios, mostrando cortésmente que lo único que buscaba era hacerme recordar su nombre para evitar preguntarme, cada vez, si había llegado carta para él.

Recibía, al principio, cuatro o cinco por semana; pero pude, muy pronto, eliminar los sobres que traían cartas de amistad o de negocios e interesarme solo por los que llegaban regularmente[6] escritos por las mismas manos. Eran dos

---

[6] En la primera edición hay una pausa intermedia en la frase: «llegaban regularmente, escritos por las mismas manos».

tipos de sobres, unos con tinta azul, otros a máquina; él trataba de individualizarlos con un vistazo estricto y veloz, antes de guardarlos en el bolsillo, antes de volver al rincón en penumbra, recuperar el perfil contra la lámina folklórica, borrosa de moscas y humo del almanaque, y seguir tragando su cerveza exactamente con la misma calma de los días en que no le daba cartas.

El doctor Gunz le había prohibido las caminatas; pero solamente usaba el ómnibus para volver al hotel cuando llevaba en el bolsillo uno de los sobres escritos a máquina. Y no por la urgencia de leer la carta, sino por la necesidad de encerrarse en su habitación, tirado en la cama, con los ojos enceguecidos en el techo, o yendo y viniendo de la ventana a la puerta, a solas con su vehemencia, con su obsesión, con su miedo concreto y el intermitente miedo a la esperanza, con la carta aún en el bolsillo o con la carta apretada con otra mano o con la carta sobre el secante verde de la mesa, junto a los tres libros y al botellón de agua nunca usado.

Eran dos los tipos de sobres que le importaban. Uno venía escrito con letras de mujer, azul, ancha, redonda, con la mayúscula semejante a un signo musical, las zetas gemelas como números tres. Los sobres, los que lo hacían obedecer a Gunz y trepar al ómnibus, eran también, visiblemente, de mujer, alargados y de color madera, casi siempre con un marcado doblez en la mitad, escritos con una máquina vieja de tipos sucios y desnivelados.

Estábamos a mitad de primavera, desconcertados por un sol furtivo y sin violencia, por noches frescas, por lluvias inútiles. El enfermero subía diariamente al hotel, con su perfeccionada sonrisa animosa, sus bromas y el maletín cargado de ampollas; las mucamas bajaban con frecuencia al almacén para encargar provisiones para la despensa del hotel o para comprarme cintas o perfumes, cualquier cosa que no podía demorarse hasta el paseo semanal a la ciudad. Hablaban del hombre porque durante muchas semanas,

aunque llegaron otros pasajeros, continuó siendo «el nuevo»; también hablaba el enfermero, porque necesitaba adularme y había comprendido que el hombre me interesaba. Vivía en el garaje del almacén, no hacía otra cosa que repartir inyecciones y guardar dinero en un banco de la ciudad; estaba solo, y cuando la soledad nos importa, somos capaces de cumplir todas las vilezas adecuadas para asegurarnos compañía, oídos y ojos que nos atiendan. Hablo de ellos, los demás, no de mí.

Venían y charlaban; y poco a poco empecé a verlo, alto, encogido, con la anchura sorprendente de su esqueleto, en los hombros, lento pero sin cautela, equilibrándose entre formas especiales de la timidez y el orgullo, comiendo aislado en el salón del hotel, siempre junto a una ventana, siempre torciendo la cabeza hacia la indiferencia de la sierra y de las horas, huyendo de su condición, de caras y conversaciones recordatorias.

Empecé a verlo en el *hall* con mesitas encarpetadas del bar, mirando un libro o un diario, aburrido y paciente, admitiendo, supersticioso, que bastaba exhibirse vacío y sin memoria, dos o cuatro horas por día a los pasajeros del hotel, para quedar exento, desvinculado de ellos y de la causa que los emparentaba. Así, indolente en el sillón de paja, con las piernas estiradas, forzando los labios a mantener un principio de sonrisa amable y nostálgica, se desinteresaba de las anormales velocidades o longitudes de los pasos de los demás, de sus voces adulteradas, de los perfumes agresivos en que parecían bañarse, convencidos de que el frenesí de los olores era capaz de conservar, para cada uno, el secreto que los unía a todos, que los agrupaba como a una tribu.

Entre ellos y aparte, dos o cuatro horas por día, fingiendo creer, él, que había transformado la incredulidad en costumbre y en aliada equívoca, y quien una escrupulosa comedia de abandono bastaba para conservarlo adherido a todo lo que existiera antes de la fecha de un diagnóstico.

Nunca supe si llegué a tenerle cariño; a veces, jugando, me dejaba atraer por el pensamiento de que nunca me sería posible entenderlo. Allí estaba, desconocido[7], en el bar del hotel, de espaldas a la balanza púdicamente arrinconada contra la escalera, seguro de que no habría de usarla nunca, indiferente a los rumores de metales y comentarios que hacían los otros cuando se trepaban para consultar la aguja. Allí estaba, en los alrededores del hotel antes y después del almuerzo —inmediatamente antes y después de llegarse hasta el almacén y pedirme sin palabras la carta que esperaba—, caminando hasta llegar al río, hasta acercarse a las redondeadas piedras blancas del lecho y la miserable cinta de agua que se arrugaba entre ellas, luminosa, tiesa; mirando y recordando[8] las cinco pilastras del puente; descendiendo sobre matorrales y tierras rojizas para pisar el vaciadero de basuras del hotel, revolver con los zapatos envases de cartulina, frascos, restos de verduras, algodones, papeles amarillos.

Continuaba viéndolo entrar cada mediodía al almacén, con su traje gris de ciudad, el sombrero hacia la nuca, haciéndome una corta, sorda ficción de saludo. Y cuando se arrinconaba para beber la cerveza, con o sin cartas en el bolsillo, yo insistía en examinarle los ojos, en estimar la calidad y la potencia del rencor que podía descubrírsele en el fondo: un rencor domesticado, hecho a la paciencia, definitivamente añadido. Él torcía la cabeza para suprimirme, miraba los rastrojos y los senderos de la sierra, la blancura culminante de las casitas bajo el sol vertical.

---

[7] «Allí estaba desconocido, en el bar». La pausa en la frase que detectamos en la tercera edición (Montevideo, Arca, 1967) debe de ser una errata que se repitió en ediciones subsiguientes. Podría ser que se omitió un artículo: «Allí estaba *el* desconocido, en el bar».

[8] En todas las ediciones consta: «mirando y recortando». El término fue corregido por el autor en el ejemplar mencionado.

A principios de noviembre el enfermero llegó una noche al almacén y se sentó a desafiarme con la sonrisa. Le serví el vino y los platos de queso y salame; maté moscas dormidas, dándole la espalda y silbando.

—¿A que no sabe? —empezó por fin el enfermero—. Es de no creer. Se acuerda del tipo[9], ¿no? Parece que se va del hotel, parece que se fatigó de tanto conversar o ya no le queda más por decir, porque una tarde se cruzó en la terraza con las rubias de Gomeza y tuvo que saludarlas, equivocándose, claro, porque tiene buen cuidado de no acertar nunca y colocar tarde por días o noches por tardes. Para que todos se enteren que está distraído, sin corregirse tampoco, porque lo hace por gusto, para que se sepa que no piensa en los que saluda ni sabe en qué momento vive.

A veces se interrumpía para mascar la visible mezcla de salame y queso, a ratos mascaba hablando; se me ocurrió que el odio del enfermero, apenas tibio, empecinado, no podía haber nacido de la negativa del otro a las inyecciones propuestas por Gunz; que había en su origen una incomprensible humillación, una ofensa secreta.

—Se va del hotel. Se le debe haber acabado la saliva, porque una vez habló de la lluvia con el mozo del comedor o le preguntó a la mucama hasta qué horas hay agua caliente. Todavía no se despidió, no juntó fuerzas para pedir la cuenta o dar explicaciones, si es que a alguien les interesara oírlas. Y ya nadie le habla, o si le hablan es por broma, por adivinar si va a decir que sí o que no con la cabeza, con esa cara de quebracho[10], los ojos de pescado dormido.

---

[9] «El tipo», sinónimo de «el hombre» es un término habitual en el lenguaje rioplatense, en especial de las ciudades. En esta *nouvelle* este nombre atribuido al forastero siempre aparece en boca del enfermero, en un total de veintidós ocasiones.

[10] El quebracho es un árbol de vida prolongada y de madera muy dura, frecuente sobre todo en el territorio paraguayo, hoy en peligro por las talas incontroladas. Por su dureza se lo empleó durante más de un siglo para los durmientes de las vías del ferrocarril. La expresión es una

Me reí un poco, para contentarlo, para demostrar que lo estaba escuchando, seguí golpeando con la palmeta, no hice preguntas.

—Lo de ojos de pescado dormido lo dijo la Reina, la mucama alta —admitió el enfermero—. Todavía no se despidió. Pero una siesta, en vez de ir a inspeccionar la basura, subió a la sierra[11] para hablar con Andrade y alquiló el chalet de las portuguesas. No debe saber nada de lo que pasó en el chalet. Si no habla con nadie, ¿quién le habría de avisar?

—No tiene importancia —dije—. Si ya está enfermo.

—No necesita decírmelo. No lo digo por el contagio. Pero, de todas maneras, una casa donde se murieron tres hermanas y con la prima cuatro... Todas a los veinticinco años. Es curioso.

—No era prima de las Ferreyra —dije bostezando-. Además, él ya no volverá a cumplir los veinticinco.

El enfermero se puso a reír como si yo me hubiera burlado de alguien. Mientras iba colocando las persianas, imaginé al hombre subiendo la sierra para interrumpir la siesta de Andrade, metiendo su cuerpo largo y perezoso —como un contrasentido, casi como una profanación— en la sombra del negocio de remates y comisiones, interesándose en oportunidades, precios y detalles de construcción con su voz baja e inflexible, dejándose engañar, arrastrando sus ojos por el gran plano caprichoso de la sierra colgado de una pared, y al que atravesaban, en una intentona absurda de poner orden, gruesas líneas blancas correspondientes a calles y avenidas que nunca fueron abiertas, sinuosas, entreveradas rayas azules y rojas que profetizaban los recorridos de ómnibus que nunca habrían de gastar sus gomas trepando y descendiendo la nomenclatura fantástica. El

---

variante —tal vez imaginada por Onetti, tal vez escuchada por él—, del giro coloquial «cara de palo» o «caradura», es decir, desfachatado, desvergonzado.

[11] En la primera edición: «subió la sierra para hablar».

hombre miraba las cabezas de colores de los alfileres con que Andrade marcaba en el plano la ubicación aproximada de las casas que le habían encargado alquilar o vender, tratando de descubrir un destello de aviso, de promesa, filtrado a través del polvo que las empañaba.

Y Andrade, sudoroso, sonriente, ofreciéndole, con cautela al principio, entusiasta y casi apremiante después, las cuatro habitaciones de la casita de las portuguesas, con sus muebles envueltos en cretonas claras, sus toques de gracia marchita, concebidos por muchachas para hacerse compañía, trabajados por los alternativos pares de manos.

Era extraño que el hombre se hubiera decidido por la casa de las Ferreyra, y lo raro no estaba solo en que le sobraban tres habitaciones ni en que desde la galería estuviera obligado a contemplar casi el mismo paisaje que recorría por las tardes: el puente sobre las piedras del río seco, el depósito de basuras del hotel.

—¿Usted hubiera dicho que el tipo tenía plata como para alquilar esa casa? —preguntó el enfermero antes de irse a dormir—. Sin contar con que Andrade debe haberse aprovechado.

Pero pronto nos convenció de que podía gastar todavía más dinero; porque pasaron las semanas y siguió en el hotel, yendo cada tarde, desde el almuerzo hasta la noche, a encerrarse en la casita de la sierra o a descansar en la galería, la cabeza apuntando hacia el paraje cortado casi rectamente por el río, y que limitaban el puente y la falda.

—¿Quién le dice que no estuvo enamorado de alguna de las portuguesas? —comentaba el enfermero—. A lo mejor de la segunda, que era tan conversadora como él. El otro día compró como media docena de botellas en el hotel y se las hizo llevar al chalet. Ahora sabemos para qué se encierra. Además, podía habérselas comprado a usted.

Hasta que un mediodía llegó al almacén antes que el ómnibus que repartía el correo y no se acercó al almanaque

ni pidió cerveza. Se recostó en el árbol, afuera, con las manos en los bolsillos del pantalón, perniabierto[12], por primera vez sin corbata ni sombrero.

La mujer bajó del ómnibus, de espaldas, lenta, ancha sin llegar a la gordura, alargando una pierna fuerte y calmosa hasta tocar el suelo; se abrazaron y él se apartó para ayudar al guarda, que removía valijas en el techo del coche. Se sonrieron y volvieron a besarse; entraron en el almacén y, como ella no quiso sentarse[13], pidieron refrescos en la parte clara del mostrador, buscándose los ojos. El hombre conversaba con vertiginosa constancia, acariciando en las cortas pausas el antebrazo de la mujer, alzando párrafos entre ellos, creyendo que los montones de palabras modificaban la visión de su cara enflaquecida, que algo importante podía ser salvado mientras ella no hiciera las preguntas previsibles.

Bajo los anteojos de sol, la boca de la mujer se abría con facilidad, casi a cada frase del hombre, repitiendo siempre la misma forma de alegría. Me sonrió dos veces mientras los atendí, agradeciéndome favores inexistentes, exagerando el valor de mi amistad o mi simpatía.

—No —dijo él—, no es necesario, no hay ventajas en eso. No es por el dinero, aunque prefiero no usar ese dinero. En el hotel tengo también médico, todo lo necesario.

Ella insistió un rato, cuchicheando sin convicción; debía estar segura de poder desarmar cualquier proyecto del hombre[14], y de que le era imposible vencer sus negativas distantes, su desapego. Él se apartó del mostrador y fue hasta la sombra del árbol para convencer a Leiva de que los

---

[12] En el fragmento publicado en *Las Ciento y Una,* núm. 1, 1953, que comienza en este apartado del relato, falta la primera pausa intermedia: «Se recostó en el árbol afuera, con las manos [...]».

[13] Faltan las dos pausas leves en esta frase en el fragmento difundido en *Las Ciento y Una*.

[14] Falta esta pausa en el fragmento de *Las Ciento y Una*.

llevara en su coche al hotel; Leiva estaba esperando el ómnibus del sanatorio para recoger a dos mujeres que iban a la ciudad. Terminó por decir que sí; tal vez el hombre le ofreció más dinero que el que valía el viaje, tal vez haya pensado que las mujeres estaban obligadas a no moverse del almacén hasta que él volviera.

La mujer de los anteojos oscuros me dirigió sus cortas, exactas sonrisas[15].

—¿Cómo lo encuentra? —preguntó; pensé que él le había hablado de mí en sus cartas, debió haber mentido sobre conversaciones y amistad.

Tuvo tiempo para decirme, con una voz nueva y jubilosa, como si el informe mejorara algo:

—Debe haber visto el nombre en los diarios, tal vez se acuerde. Era el mejor jugador de básquetbol, todos dicen[16], internacional. Jugó contra los americanos, fue a Chile con el seleccionado, el ultimo año[17].

El último año debió haber sido aquel en que se dieron cuenta de que la cosa había empezado. Sin alegría, pero excitado, pude explicarme la anchura de los hombros y el exceso de humillación con que ahora los doblaba, aquel amansado rencor que llevaba en los ojos y que había nacido, no solo de la pérdida de la salud, de un tipo de vida, de

---

[15] En la primera edición: «me dirigió entonces sus cortas, exactas sonrisas».

[16] «Era el mejor jugador de básquetbol, todos dicen internacional». La última pausa leve fue introducida por el autor en el ejemplar referido que remitió a Vilariño.

[17] Entre el 23 de octubre y el 3 de noviembre de 1950 se desarrolló en Buenos Aires el primer campeonato mundial de básquetbol. Entre diez competidoras, la selección argentina logró el campeonato en la final con Estados Unidos. Véase: <https://www.argentina.basketball/ver/torneo/mundial-1950> (últ. consulta: 12/10/2024). Onetti pudo haberse inspirado en la historia de algún integrante de esa selección, o pudo haber imaginado ese destino posterior, si bien más adelante habla del partido que se perdió «con los norteamericanos» y se le echó la culpa de esa derrota al protagonista.

una mujer, sino, sobre todo, de la pérdida de una convicción del derecho a un orgullo. Había vivido apoyado en su cuerpo, había sido, en cierta manera, su cuerpo.

Acepté una nueva forma de la lástima, lo supuse más débil, más despojado, más joven. Comencé a verlo en alargadas fotos de *El Gráfico,* con pantalones cortos y una camiseta blanca inicialada, rodeado por otros hombres vestidos como él, sonriente o desviando los ojos con, a la vez, el hastío y modestia[18] que conviene a los divos y a los héroes[19]. Joven entre jóvenes[20], la cabeza brillante y recién peinada, mostrando, aun en la grosera retícula de las sextas ediciones[21], el brillo saludable de la piel, el resplandor suavemente grasoso de la energía, varonil, inagotable. Lo veía acuclillado, con la cabeza desviada para ofrecer tres cuartos de perfil al relámpago del magnesio, los cinco dedos de una mano simulando apoyarse en una pelota o protegerla; y también en una habitación sombría, examinando a solas, sin comprender, la lámina flexible de la primera radiografía, rodeado por trofeos y recuerdos, copas, banderines, fotografías de cabeceras de banquetes. Podía verlo correr,

---

[18] En la primera edición: «el hastío y la modestia».

[19] *El Gráfico* fue una revista dedicada al deporte, de enorme difusión y venta por lo menos hasta el borde de la década del ochenta. Fundada en Buenos Aires en 1919 por Constancio C. Vigil, empresario y editor de publicaciones periódicas y escritor uruguayo radicado en Argentina, tuvo amplia cobertura en su rubro y gran profusión de fotografías. La sola mención de su título, como hace Onetti en este pasaje de la novela, podía sugerir a quien leyera a mediados del siglo anterior en el sur de América una imagen nítida y también una jerarquía del deportista retratado. *El Gráfico* se distribuyó ampliamente por toda Argentina, pero también en Uruguay y Chile, al menos desde los años sesenta. Dejó de salir casi un siglo después de su fundación, en 2018.

[20] En el fragmento de *Las Ciento y Una:* «conviene a los divos y los héroes, joven entre jóvenes [...]».

[21] Se refiere a la mala calidad de las fotografías reproducidas en los periódicos de última hora de la tarde que, como era frecuente, estaban dirigidos a públicos más bien atentos a deportes y policiales.

saltar y agacharse, sudoroso, crédulo y feliz, en canchas blanqueadas por focos violentos, seguro de ser aquel cuerpo largo y semidesnudo, convencido de la eternidad de cada tiempo de veinte minutos y de que el nombre que gritaba la multitud con agradecimiento y exigencia servía para expresarlo, mencionaba algo real y perdurable[22].

Mientras estuvo la mujer de los anteojos de sol[23] no llegaron los sobres escritos a mano ni los de papel madera. Vivían en el hotel, y el hombre no volvió al depósito de basuras ni a la casita de las portuguesas; paseaban tomados del brazo, alquilaban caballos y cochecitos, subían y bajaban la sierra, sonreían alternativamente, endurecidos, sobre fondos pintorescos, para fotografiarse con la Leica que se había traído ella colgada de un hombro[24].

—Es como una luna de miel —decía el enfermero, apaciguado—. Lo que le faltaba al tipo era la mujer, se ve que no soporta vivir separado. Ahora es otro hombre; me invitaron a tomar una copa con ellos en el hotel y el tipo me hizo preguntas sobre mil cosas del pueblo. La enfermedad no les preocupa; no pueden estar sin tocarse las manos, se besan aunque haya gente. Si ella pudiera quedarse (se va el fin de semana)[25], entonces sí le apostaría cualquier cosa a que el tipo se cura. ¿No lo ve cuando vienen al mediodía a tomar el aperitivo?

---

[22] En el fragmento de *Las Ciento y Una* el tiempo es «de 15 minutos». Es evidente que la modificación, que suma cinco minutos a cada tiempo, proviene de un ajuste sobre las características del juego que Onetti (¿o sus editores?) debió de averiguar luego.

[23] En *Las Ciento y Una:* «anteojos para sol».

[24] Marca de cámara fotográfica de origen alemán, aún vigente, que tuvo enorme difusión a mediados del siglo XX. Las cámaras portátiles, como esta que usa la mujer, que la lleva consigo y la cuelga al hombro dentro de un estuche con correa, facilitó la práctica de la fotografía entre aficionados.

[25] No constan los paréntesis en el fragmento publicado en *Las Ciento y Una*.